

## Pequeño manual de apoyo para redactar textos ambientales

Raúl Marcó del Pont Lalli

**P**odríamos, parafraseando al poeta y tipógrafo canadiense Robin Bringham, decir que como la oratoria, la música, la danza, la caligrafía, como cualquier cosa que preste su gracia al lenguaje, la redacción es un arte por el cual se pueden aclarar, honrar y ayudar a compartir los significados de un texto. En un mundo lleno de mensajes no pedidos y textos mal escritos, el corrector de estilo es un artesano cuya función es ayudar a la legibilidad pasando desapercibido.

Las satisfacciones de este viejo oficio provienen no sólo de la laboriosa tarea de aclarar las ideas sino de ayudar a ennoblecer los textos. Los escritos pobres, mal redactados, confusos, ganan mucho con un buen baño de corrección y un cambio de ropa. Robert Bringham nuevamente: “muchos libros, como muchos guerreros o bailarines o sacerdotes de cualquier sexo, pueden verse bien con un poco de pintura en la cara o incluso un hueso en la nariz.”

Uno de los muchos manuales sobre redacción que se han escrito desde que Alfonso X, el sabio, se obsesionó a mediados del siglo XIII con la necesidad de normar nuestra lengua, dice que un corrector de estilo evita las faltas de ortografía, esclarece los pá-

### Pequeño manual de apoyo para redactar textos ambientales:

Ana María Sánchez Mora, 2008.  
INE-CONABIO, México, 252 p.  
ISBN 978-968-817-890-4.



rrafos oscuros y da uniformidad a una obra; algo que suena relativamente simple, y que sin duda no lo es.

No sólo es labor del corrector suprimir las equivocaciones en las que incurrió un autor; también ayuda, si es avezada, como nos lo ha demostrado Ana María en el libro que comenta-

mos y en los trabajos que ha realizado para nosotros en el INE y en su carrera como divulgadora, a que fluya el fondo de una obra, la trama o el argumento, la ilación o el contexto. Una buena correctora de estilo (y una divulgadora, y una autora) deben seguir firmemente el argumento, el desarrollo de un trabajo, literario o científico, a fin de que no haya irregularidades o contradicciones.

Entender lo que un autor quiere decir y ayudarlo a hacerlo sin desmerecer la complejidad de sus ideas y sin alterar eso que llamamos estilo literario, ese poder movernos a lo largo y ancho del pensamiento lingüístico sin caer en la trivialidad, como decía Walter Benjamin, es una labor poco reconocida hoy, porque hay una tendencia a creer en la inspiración y no en la dedicación. Estamos demasiado absortos con la noción de inspiración, de genio, esta idea del creador solitario y único, la cuasi locura de la creación, cuando, decía Dewey, la creación es tan sólo una actividad ordinaria para la que hemos alcanzado cierta maestría.

Los buenos correctores de estilo logran que el mar de significados de una obra, de un artículo, de un libro, adquiera el orden adecuado y que el texto fluya frente a los hipotéticos lec-

tores. El mismo Bringham: echemos una palabra en el océano del significado y veremos la formación de ondas concéntricas. Definir una palabra es intentar atrapar esas ondulaciones. Ninguna mano es lo suficientemente rápida para lograrlo. Ahora echemos dos o tres palabras a la vez. Se forman patrones de interferencia que se refuerzan unos a otros por aquí y se cancelan por allá. Atrapar el sentido de las palabras no es asir estos rizos; es aprehender la interacción de esas ondulaciones. Eso sucede cuando leemos y esto es lo que hace con maestría un corrector.

H. G. Wells, novelista y filósofo británico, famoso por sus novelas de ciencia ficción, decía “*No passion in the world is equal to the passion to alter someone else’s draft*”. Esa pasión los correctores la convierten en compulsión. Sólo alguien con la suficiente preparación y obsesión por el detalle, la meticulosidad y el perfeccionismo puede enfrascarse semanas en una lucha solitaria con las palabras y los sentidos, las repeticiones y las ausencias.

Carol Fisher, una de las editoras de la Biblia de la edición norteamericana, el *Chicago Manual of Style*, cuenta la anécdota de un día que estaba atascada en su trabajo de revisión porque la había alterado muchísimo que un autor no estuviera de acuerdo con ella en un aspecto que consideraba innegociable. Alterada, le comentó a su hijo que sólo persistía en esa labor porque no podía pensar en ningún otro trabajo que fuera mejor para ella, a lo que su hijo contestó: “Tal vez pudieras ser terrorista”.

La investigación científica no está exenta ni peleada (o no debería estarlo) con una buena redacción. De hecho, generar nuevo conocimiento es un acto creativo con dos escenas: la investigación y la redacción, dice Scott

Montgomery en *Communicating Science*. Para hacerlo, los autores deben dejar de lado la idea de que escribir bien es resultado de la cercanía de una musa y reconocer que uno de los ingredientes principales es la dedicación, la práctica. Nadie mejora su escritura si no la práctica cotidianamente. Por eso, la autoría y la corrección, y un montón de cosas más, se asemejan al trabajo artesanal, al de las personas guiadas por el “impulso humano básico y perdurable de realizar un trabajo bien hecho por el sólo hecho de hacerlo” (aunque cobrar siempre ayuda).

Richard Sennett, profesor emérito de Sociología en la London School of Economics y profesor de Humanidades en la Universidad de Nueva York, de quien tomamos la frase anterior, dice que la artesanía es tan importante en la sociedad moderna como alguna vez lo fue en la era medieval, y no sólo se encuentra en el trabajo de artesanos tradicionales como los herreros, los carpinteros y los alfareros. También puede encontrarse en el laboratorio científico (el equivalente al antiguo taller) o en el trabajo de desarrolladores de *software* —o en el escritorio de un corrector—. Finalmente, hacer es pensar, dice Sennett. Y los autores y los correctores de estilo a eso nos ayudan.

A quienes piensan que todo comienza con las normas ISO habrá que recordarles que la normalización tiene un largo camino recorrido en nuestra lengua. Durante los primeros siglos de desarrollo del español, la rareza de la lengua escrita y la aún imprecisa catadura de la misma hicieron innecesaria una codificación de su grafía. El primer intento de dotar de un código gráfico sistemático data del reinado de Alfonso X, que intentaría ajustar las diversas soluciones adoptadas por

sus predecesores a un criterio fundamentalmente fonográfico.

La aparición de la imprenta, y el consecuente incremento del ritmo y volumen de aparición de las obras escritas, acabó por deshacer el sistema alfonsino, fijado únicamente a través de la convención y no codificado en una obra sistemática. Elio Antonio de Nebrija publicó el año del descubrimiento de América la primera *Gramática de la lengua castellana*, y sería también el primero en publicar unas *Reglas de orthographia*. En 1609 se imprimió en México una *Orthographia castellana*, obra del sevillano Mateo Alemán, aún más radical que los anteriores con respecto a la necesidad de prescindir de los signos convencionales y fijar la ortografía en base a la fonética. Con la llegada al trono de Felipe V aparecen instituciones culturales como la Real Academia Española, fundada en 1714 con la idea de fijar, de acuerdo con el ideal sistemático de la época, la pureza de la lengua.

Desde entonces el camino ha sido largo y sinuoso, en donde también se han intentado sistematizar las diversas formas de dar a conocer el conocimiento académico. En español destacan el *Diccionario de la ortografía técnica*, el *Diccionario de ortografía de la lengua española*; el *Diccionario de redacción y estilo*; el *Manual de estilo de la lengua española* o el *Diccionario de usos y dudas del español actual*. Más comunes en lengua inglesa que en la nuestra, ocupamos permanentemente el *Chicago Manual of Style*, *The Council of Science Editors Manual*, el *American Medical Association Manual of Style* o el *Publications Manual of the American Psychological Association*.

Frente a estas obras colectivas, que pretenden ser “la materialización

de diversas tradiciones, la cristalización de los usos, el fruto colectivo de las reflexiones de muchas mentes, Ana María Sánchez no ofrece con el *Pequeño manual* una obra singular con toda la solidez de una larga trayectoria "como correctora de textos ajenos y profesora de redacción". Su empresa es más modesta que la perseguida por los voluminosos y muchas veces amenazantes manual técnicos mencionados, pero no por ello menos adecuada: aplicar la experiencia y el

saber de una larga trayectoria en la escritura, la divulgación y la difusión de la ciencia sobre una porción claramente definida del conocimiento, el ambiental. El resultado es una obra práctica, puntual, cuidadosa, un salvavidas para los autores o editores que se hallen en la zozobra de la duda.

Nada distingue mejor a un manual que su utilidad. Y este *Pequeño manual...* cuenta con esa distinción.

Un último apunte. Tal vez nos equivoquemos cuando decimos que

la corrección de estilo, la preocupación por la claridad de las ideas, es algo poco reconocido hoy. Este *Pequeño manual* ha sido visitado y descargado desde octubre de 2008 por más de 4000 personas, cuatro veces la cantidad de ejemplares que se podrán leer en papel. Desde que está en el ciberespacio, en la parcela binaria del INE, donde compite con más de medio millar de otros títulos, es la publicación de mayor demanda. Nada más ni nada menos.